

Los Monstruos de Villa Diodati

LOS ESPEJOS DE FRANKENSTEIN



Primera edición en REINO DE CORDELIA, septiembre de 2018

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es

  @reinodcordelia  facebook.com/reinodcordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Ricard Ruiz Garzón, 2018

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

Cubierta: © Raúl Arias, 2018

IBIC: DSK

ISBN: 978-84-16968-55-8

Depósito legal: M-29354-2018

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Medianil Gráfico

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Los Monstruos de Villa Diodati

LOS ESPEJOS DE FRANKENSTEIN

Ricard Ruiz Garzón



Índice



0	Introducción	II
1	Vampiros en Villa Diodati	19
2	La novia de King Kong	45
3	La Bruja debe morir	69
4	El Golem en el Paraíso	93
5	Los hilos (cosidos) de Ariadna	119
6	El Dr. Jeckyll en Ingolstadt	139
7	Con Grendel por el Ártico	161
8	Fantasmas mutables	187
	Lecturas recomendadas	215
	Cronología de Mary Shelley	219





Boris Karloff interpretando al monstruo en la versión dirigida por James Whale.



Boris Karloff en el papel de Frankenstein se acerca a Mae Clarke, la novia de su creador, en la película dirigida por James Whale (página siguiente) para la Universal en 1931.

O

Introducción

«¡Cómo me horroricé al verme reflejado en el estanque transparente! En un principio salté hacia atrás aterrado, incapaz de creer que era mi propia imagen la que aquel espejo me devolvía».

Frankenstein o el moderno Prometeo,
MARY W. SHELLEY

LO DEJÓ ESCRITO, como casi todo, Jorge Luis Borges: «Los espejos y la cópula son abominables porque multiplican el número de los hombres». Pese a la cita, fácil de vincular a la que abre esta página, el argentino apenas comentó el clásico de Mary W. Shelley que vertebró el presente volumen. Le fascinaban las criaturas monstruosas y los seres artificiales, y dedicó versos a *El Golem*, y vivió y murió en Ginebra, donde sus restos reposan cerca de la mansión en la que la autora concibió la novela; ni a ella ni a su obra, sin embargo, le prestó apenas atención, lo cual apuntala mi tesis central en este ensayo: que los espejos de *Frankenstein*, aunque opacados por el estigma, son tan infinitos como los anaqueles que el autor de *El Aleph* soñó en sus laberínticas bibliotecas.



Tratando de comprobarlo, busco el primer reflejo en el hecho mismo de escribir estas líneas durante el verano de 2017: justamente el intermedio entre el bicentenario de la reunión en Villa Diodati, Ginebra, que la noche del 15 de junio de 1816 dio pie a la aparición de *Frankenstein*, por un lado, y el del 1 de enero de 1818,



Cubierta de la edición inglesa de *Frankenstein* de 1831.

por otro, en el que la obra vio la luz, en Londres, por vez primera (aunque en una edición tan mínima, clandestina y poco profesional por parte de los editores Lackington, Allen & Co. que hubo que lanzar otra más seria el 11 de marzo de 1818, fecha que muchos prefieren considerar la oficial). Escribo y publico un libro sobre Mary Shelley, por tanto, exactamente dos siglos después de que la propia autora diera forma a la criatura que la haría

pasar a la posteridad, la misma criatura que probablemente haya atraído al lector hacia este libro.

La segunda confesión especular para un texto, este, tan cargado de confesiones como la obra de Mary Shelley, es que lo he escrito en la etapa quizás más frankensteiniana de mi vida. Por mi adicción creciente a lecturas, series, películas y músicas transgresoras, pero también por una serie de azares vitales, sociales, históricos y —por qué no decirlo— psicológicos que de un tiempo a esta parte me han marcado de manera prometeica. Prueba de ello son las pró-

ximas páginas, cosidas como se verá a partir de citas, estudios y reflexiones propios y ajenos que buscan hibridar en un solo organismo una docena de monstruos y un centenar de textos, siempre con el objetivo de que alguien acabe gritando al terminarlo: «*It's alive! It's alive!*». También podría probarlo una anécdota trivial, como es la relación entre el Monstruo de Frankenstein y el superhéroe Spiderman que explicaré en unos párrafos, y que es al tiempo muestra de un cierto orgullo friki y de un más que probable exceso de documentación sobre el monstruo de los monstruos, el monstruo por definición, el monstruo que en realidad no lo era ni hoy lo es.

Y ya que hablamos de monstruos, por cierto, ahí va el tercer punto de fuga destacable en este, como tantos, innecesario prólogo: a diferencia de otros libros, aquí se hablará sin tapujos del Monstruo, de los monstruos y de la monstruosidad. Es cierto que Mary Shelley tilda sobre todo a su ser de «criatura» y de «demonio», y que el término «monstruo» no aparece en *Frankenstein* ni media docena de veces. Pero también es cierto que gracias a James Whale, a Boris Karloff y al cine posterior el imaginario popular llama Frankenstein a dicho personaje cuando este es solo el nombre de su creador, Victor Frankenstein. Si la criatura sin nombre de Mary Shelley, por tanto, es conocida erróneamente como Frankenstein por el noventa y nueve por ciento de los mortales, no



Cartel de la película *Frankenstein* (1931) de James Whale.

será grave que llamemos «monstruo» a quien la autora ya denominó así, aunque sea poco. De este modo, de paso, podremos insistir en la reivindicación de esta fértil figura literaria, a menudo cargada de prejuicios pero representativa de la obra, el personaje e incluso nuestra era si recordamos que etimológicamente «monstruo», en latín *monstrum*, viene a significar «prodigio».

Es la nuestra, y los atentados en la Rambla de Barcelona lo subrayan mientras escribo, una era similar a la de la novela: de prodigios, de monstruos, de terror y confusión.

Una cuarta y penúltima aclaración, por desgracia también oportuna: este libro es una reivindicación de Mary Shelley, la para muchos pionera de la ciencia ficción que con solo dieciocho años creó una obra inmortal y un mito de huella indeleble. Como a su Victor, el Monstruo la ha acabado absorbiendo y devorando, pero el presente bicentenario, acompañado de ciertos estudios iniciados en los años setenta y ampliados en los noventa, ha comenzado a poner en valor algo más que a la hija de la precursora del feminismo Mary Wollstonecraft y el precursor del anarquismo William Godwin, algo más que a la esposa del poeta ilustre Percy B. Shelley, algo más que a la jovencita rodeada de maestros que convirtió su pesadilla en un relato gótico de insospechadas reminiscencias. Más allá de las justas reivindicaciones de la crítica feminista, más allá de los hijos legítimos y bastardos en la cultura popular, más allá de los abusos biográficos —que se han cometido y se cometen a partir de su extraordinaria vida—, Mary W. Shelley es sencillamente una de las grandes escritoras de la historia.

O lo que es lo mismo: Mary Shelley es un clásico, sin discusión.

Es desde esta consideración, no exenta de espíritu crítico, que nace el presente libro.

Una última reflexión, en fin, antes de volver a enredarnos con Spiderman: este también es un libro personal. Bastante, aunque he intentado que no demasiado. Bebe de mi experiencia como periodista literario durante dos décadas y como actual profesor y estudioso del fantástico, pero busca ante todo convertirse en la obra de un escritor reflejado en una autora y unos personajes que cree fundamentales para explicarse y explicarnos. A fin de cuentas, lo ha hecho siempre la gran literatura, *Frankenstein* habla de lo que nos hace o no humanos. Valga como ejemplo lo ocurrido en julio de 2017 durante el festival de ciencia ficción, fantasía y terror más importante del sur de Europa, el Celsius de Avilés. Yo venía de dirigir un curso de verano en El Escorial, un curso de la Universidad Complutense titulado precisamente *Los espejos del monstruo: 200 años de Frankenstein*, y era normal que me reencontrara con algunos de los ponentes invitados en ambos eventos. Empezando por la alicantina Elia Barceló, que había impartido en el curso una fabulosa conferencia inaugural sobre monstruos literarios, y terminando por el bilbaíno Fernando Marías, encargado de la clausura y con quien



Retrato de Mary Shelley.

pronto volví a colaborar para la antología *Frankenstein resuturado* del grupo literario «Hijos de Mary Shelley». El caso, tras las sidras, las *fabes*, los quesos, los cachopos y otras contundentes muestras de la gastronomía asturiana con César Mallorquí, Ian Watson, Sofía Rhei, Susana Vallejo, Cristina Macía o Lisa Tuttle, es que la noche del viernes 21 acabé cenando con una docena más de autores, entre los que se hallaban el propio Marías, Laura Fernández, Juan Jacinto Muñoz Rengel, José Carlos Somoza y Lorenzo Luengo. En una mesa redonda previa, este último había manifestado mi error al no invitarlo al curso de El Escorial haciendo una intervención brillante y erudita sobre Lord Byron, su especialidad (junto con el mismo *Frankenstein*, del cual en paralelo a este libro ha publicado una nueva traducción). Y había sido justamente al rematar dicha ponencia cuando Luengo había relacionado directamente a Frankenstein y Spiderman, aunque fuera de tiempo y sin apenas detalles. No es difícil imaginar qué pasó esa noche, también de verano, también frankensteiniana: Luengo no pudo volver a casa sin aclararme la conexión, como yo, agradecido y después de hacer las comprobaciones pertinentes, paso a relatar: la célebre noche de Villa Diodati —la comentaremos en detalle—, en el verano sin verano de 1816, cuatro celebridades se habían reunido en la mansión suiza donde una apuesta por inventar relatos de fantasmas engendraría *Frankenstein*: el poeta Lord Byron, que había alquilado la casa de junio a diciembre; el doctor John W. Polidori, que acompañaba a Byron y acabaría absorbiéndole *El vampiro*; el poeta Percy Bysshe Shelley, pronto autor del *Prometeo liberado*; y la joven Mary, pareja de este último e inminente autora de

Frankenstein o El moderno Prometeo. Los Shelley habían leído a Byron, cómo no, y seguramente conocían los versos que el popular poeta romántico le había dedicado a un primo suyo, importante oficial de la marina, al morir el 31 de agosto de 1814. El primo se llamaba Peter Parker, como Spiderman, y el poema, *Elegiac Stanzas On The Death Of Sir Peter Parker*, aún es fácil de encontrar. Pero que nadie proteste, que el



Spiderman se enfrenta a Frankenstein en el *Marvel Team-Up* número 36 de 1975, dibujado por Sal Buscema con guion de Gerry Conway.

nexo entre el Monstruo y el Hombre Araña no se reduce simplemente a un nombre por otro lado común en inglés. Si a este Peter Parker, con todo, le sumamos una carta que Percy Shelley escribió en 1811 a su «hermana espiritual» Elizabeth Hitchens, musa destacada en sus inicios, entonces la cosa cambia. Porque en aquella carta hay un párrafo que acaba: «*Great responsibility is the consequence of high powers*». Ni más ni menos, invertida, que la popular cita del tío Ben al joven Peter justo antes de mutar en superhéroe: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad». Conociendo la importancia de Elizabeth Hitchens en Shelley y en *Frankenstein* (entre otras cosas, el doctor de la novela se llama Victor, como firmó su *opera prima* Percy justo antes de cartearse con la Hitchens, y su prima y prome-

tida se llama Elizabeth, aunque este nombre proviene también de la amada hermana del poeta), la casualidad es, aparte de simpática, conveniente. Primero, porque hablar de Mary Shelley junto al poderoso Monstruo de Frankenstein es siempre un honor, pero en pleno bicentenario es también una responsabilidad; espero haber estado a la altura. Segundo, porque ligar a Spiderman con Frankenstein es un truco aparentemente frívolo de literatura comparada, pero permite anunciar el juego de espejos que a partir de ahora realizaré entre el monstruo shelleano y otros «monstruos» históricos y literarios, de los vampiros a los zombis y del Golem a Grendel, con parada obligatoria en mutantes como el propio Parker. Tampoco nada de eso, a pesar de las cejas levantadas de la *intelligentsia* académica, es como veremos casual. Y tercero, porque este pequeño ensayo quiere ser una aproximación a Mary W. Shelley, sí, pero también una elegía, con permiso de Byron, a mis propios monstruos y fantasmas. Como decía Madame de Deffand, la gran mujer de letras de la Ilustración francesa: «Yo no creo en los fantasmas, pero me dan miedo». A fin de cuentas, un monstruo es todos los monstruos, los monstruos están hechos de pedazos y estos pedazos siempre son de humanos reflejados en bestias, sombras o muertos. Mary W. Shelley y mi difunto amigo y amante Alberto Jarrod son sin duda dos de mis fantasmas, de mis monstruos, mis espejos eternos, y espero que este libro permita entender que los haya reunido. Entre ellos, conmigo y con los lectores.

Sea como sea, a ambos, por demasiado humanos, van dedicadas sus cicatrices.

Vampiros en Villa Diodati

EMPEZAR CON VAMPIROS un libro sobre Mary W. Shelley y *Frankenstein* puede parecer, y con razón, un sacrilegio. No en vano, de cara a la posteridad el vampiro es el archienemigo, el gran adversario, el rival por antonomasia de la criatura. Sin embargo, y como buenos antagonistas, el Monstruo de Frankenstein y el Drácula de Bram Stoker son en realidad hermanos: ambos nacieron en el siglo XIX, ambos lo hicieron en narraciones góticas epistolares, ambos han acabado fagocitando a sus autores, ambos han sido recreados hasta la náusea, ambos se han convertido en iconos del audiovisual, ambos tienen raíces míticas, ambos desafían la idea de la muerte y ambos hablan en el fondo de sexo, si bien es cierto que *Frankenstein* de un sexo domesticado, familiar y procreador (no es esa su rebelión) y *Drácula* de otro más violento, salvaje y apenas sublimado.

Ya hablaremos, si corresponde, del monstruoso Freud, pero no es por él por lo que acudo tan rápido al Señor de la Noche. Si



Ediciones
de *Frankenstein*
y *Drácula*.

empiezo el libro con un vampiro, de hecho, no es por el *Drácula* de Stoker, sino por una obra ya citada y escrita ochenta años antes que la del irlandés: *El vampiro* de Polidori. Esta sí, gemela literal de nuestro *Frankenstein* desde el momento en que su concepción fue conjunta, la milagrosa noche de junio de 1816 que desde entonces se conoce como «La noche de los monstruos» o «La noche de Villa Diodati».

MONSTRUOS EN DIODATI

A LAS 19:00 HORAS del 10 de abril de 1815, el volcán Tambora, situada en una isla de Indonesia con forma de tortuga llamada Sumbawa, protagonizó la erupción más virulenta jamás registrada. La



La erupción del Tambora pintada por Turner.

explosión se advirtió a 2.600 kilómetros, murieron 90.000 personas y el clima de aquel año y el siguiente se vio tan alterado en China, Europa y América que el mundo, perdidas las cosechas, padeció la peor hambruna del siglo XIX. Lleno de nevadas imprevistas, lluvias tormentosas y aquellos cielos de sangre y cenizas que tan bien pintó William Turner, 1816 sería

conocido en adelante como «el año sin verano».

Precisamente entonces, dos destacados poetas británicos habían decidido pasar los meses estivales en el continente. Por un



Villa Diodati según un grabado de Purser y Pinden.

lado, el londinense George Gordon, conocido como Lord Byron, ampliaba en la orilla del lago Lemán de Ginebra su exilio del escándalo, alquilándole a un heredero del primer traductor italiano de la Biblia una mansión por la que habían desfilado, entre otros, Rousseau, Voltaire y el Milton de *El Paraíso perdido*. Le acompañaban, junto a mascotas y excentricidades, dos criados y un médico de turbia personalidad, con ínfulas literarias, que lo odiaba y admiraba por igual.